

LA SEPARACIÓN QUE NOS HABITA

Reseña de Rafael Varela.

Revista de Occidente nº443, 2018

Ética del desorden. Pánico y sentido en el curso del siglo. Ignacio Castro Rey. Pre-Textos, Madrid, 2017.

El controvertido filósofo Ignacio Castro Rey nos propone la lectura de su último libro, *Ética del desorden*. Sin duda, se trata de su obra magna y en ella toman forma filosófica y literaria las obsesiones y conceptos de estos últimos decenios. Pero todo ello cristaliza en este extraordinario tratado con un vigor poco frecuente.

Insistiendo en el emblema nietzscheano, creo que nos encontramos ante *Ein Buch für Alle und Keinen*: "un libro para todos y para ninguno". La obra está marcada por una heterodoxa multitud de pensadores y artistas que crearon en los bordes de nuestra racionalidad. La policromía de autores que recorren *Ética del desorden* resulta apabullante y en cierto sentido, como ocurre en Descartes, Leibniz o Heidegger, establece un diálogo con la entera historia del *logos* judeocristiano. En no pocas ocasiones, Castro revive también a los grandes maestros de lo que -sometidos a una uniformidad un tanto ingenua- solemos denominar Oriente, de Omar Khayyam a El libro del Tao.

Castro Rey sigue fiel a los pensadores con los que nunca ha dejado de discutir. Aunque ahora cierta urgente precisión lleva a otorgar un mayor peso a nombres como Whitman, Wallace Stevens, Simone Weil, Lispector y un siempre renovado Rilke. También son sorprendentemente revisitados Platón, Spinoza, Berkeley, Borges, Alan Watts, Wittgenstein, Ortega, Walser o Byung-Chul Han. Algunas raras películas contemporáneas hacen que, en ocasiones, el lector sienta una nueva frescura en esta mordiente escritura. El hilo conductor del pensamiento sigue estando lejos del canon ilustrado, esa construcción de consensos blandos que -al modo de Habermas- siempre se validan en nombre de una supuesta pragmática mayoritaria que no tiene ojos, oídos ni alma para la enormidad terrenal que se mueve afuera.

La propuesta actual de Castro es sencilla: asumir nuestro indescifrable signo natal como un absoluto capaz de dar forma a una vida no elegida. "Lo máximo que podemos hacer es prepararnos para lo desconocido". El proyecto filosófico es abrumador y, en cierto sentido, corre el peligro que antes transitaban Platón o Hegel: desentrañar el gesto de los espectros que pululan en nuestra caverna antropomorfa. Estamos ante un libro arduo porque intenta hacer creíble de nuevo una de las tesis más viejas de la filosofía. Según ella todo, hasta la muerte, ocurre dentro de la percepción de una mente cualquiera. Por eso nadie sabe lo que puede un cuerpo, dirá más tarde el Racionalismo. En esta línea de pensamiento cada objeto parpadea en una singularidad inaccesible a un saber meramente intelectual. De ahí el papel fundamental que le otorgan estas páginas, de honda fidelidad nietzscheana, a la forma de conocimiento que llamamos arte.

De ahí también que *Ética del desorden* sea un libro que, desde su inicio, mantiene una buena relación con la contingente discontinuidad real de la ciencia posterior a Schrödinger o Lacan. Porque cada fenómeno se sostiene en el proceder absoluto -*nouménico*- de la mente, vibra en

una individuación sin equivalencia. La paradoja de cierto "giro copernicano" hacia el objeto obliga en *Ética del desorden* -fiel a Agustín, Leibniz o Nietzsche- a reconocer en las cosas la vertiginosa libertad que un Kant reserva solamente para las personas.

Al igual que Schopenhauer en *El mundo como voluntad de representación*, Ignacio Castro quiere pensar la vida bajo las limitaciones modernas que la cercan. "Todo sentido real roza las sombras, se presenta cargado de ambivalencia y espectros". La vida entera está aquí, nunca en otra parte: "todo es exterior, podríamos decir, cuando el interior se reduce al rumor de un desierto". Nos encontramos ante una obra afirmativa y seductora con la que debemos intentar evitar el acuerdo o el desacuerdo. Incluso deberíamos distanciarnos de su literalidad. ¿Acaso no es esa la única manera de leer a los estoicos, a Benjamin o cualquier otro clásico de la libertad?

El asombro del lector es permanente, pues la belleza de estas páginas fuerza una osadía difícilmente respirable. La concentración hacia las cosas mismas, en una dura *epojé* del pensamiento, resulta tan exigente que obliga al lector a tomar una decisión fundamental: igual que *Rayuela*, leer este libro de principio a fin, sin tregua posible; leerlo atenta y tangencialmente, o bien disolverse, demorándose en una articulación de mantras aparentemente inexpugnables. Pensar se convierte entonces en una forma de sentir, de crear, y nunca deja de ser una cuestión de estilo. Todo ello implica esforzarse en simplificar continuamente, buscando esa clara dureza que anhelaba Heidegger y que en ocasiones hacen inevitables los rodeos, saber elegir y repetir las palabras para expresar una idea remota. Lo cual puede exigir una catarata de sentimientos, vivencias, imágenes y complejos. En el polo opuesto de la austeridad monacal de Wittgenstein, Castro Rey recuerda la disciplina de Léautaud, quien escribía con pequeñas frases duras y apretadas, cargadas de destellos efímeros. Fragmentos únicos y múltiples, pequeñas vidas eternas preñadas de rigor presocrático. Un portento, en suma, de inagotable transparencia que en ocasiones deriva en una agotadora proliferación de notas. Castro no parece, en esta ocasión, querer renunciar a la presentación del árbol genealógico de su filosofía. En cierto sentido estamos ante un libro cruel, pues se sucede en él un torrente de comentarios, pensamientos y aforismos que a veces restallan en perlas solitarias. La montaña ofrece más descanso.

A Foucault y Derrida les gustaba hablar de *filosofía robada*, un apropiarse de la escritura de los otros que en *Ética del desorden* tiene ejemplos múltiples. Pero las referencias adquieren aquí otro color, una nueva vida. Y este ejercicio de demolición y reconstrucción no es otra cosa que la Filosofía, manteniendo la conversación ininterrumpida que es Occidente.

"Lo mismo es ser y pensar", se nos recuerda. Esta antigua certeza se nutre de un orden secreto que no puede olvidar el estrecho vínculo que hay entre ética y alegría. Curiosamente, en su primer discurso público colombiano, el Papa Francisco enfatizó: "¡Que no os quiten vuestra alegría!". Sin querer banalizar las tremendas injusticias del nuevo orden mundial, esta afirmación resulta hoy transgresora y recuerda una idea presente ya en el cristianismo, en los eremitas retratados por Paladio, en el helenismo y en Nietzsche. Lean este libro. Se trata de una propuesta filosófica insólita y gozosa, impregnada de una impertinente experiencia de la libertad.

Rafael Varela Nogueiras